

## CAPÍTULO XI

Consecuencias del 18 fructidor. — Nombramiento de Merlin de Douai y de Francisco de Neufchateau en reemplazo de los directores deportados. — Revelaciones tardías y desgracia de Moreau. — Muerte de Hoche. — Reembolso de los dos tercios de la deuda. — Ley contra los antiguos nobles. — Rompimiento de las conferencias de Lila con Inglaterra. — Conferencias de Udina. — Operaciones de Bonaparte en Italia. — Fundación de la república Cisalpina. — Arbitraje entre la Valtelina y los grisonos. — Constitución liguriana. — Establecimiento en el Mediterráneo. — Tratado de Campo-Formio. — Vuelta de Bonaparte á París. — Fiesta triunfal.

El 18 fructidor sembró el espanto entre los realistas; y los clérigos y emigrados que habían vuelto en gran número, huyeron de París y de las grandes ciudades en dirección á las fronteras, internándose de nuevo en Alemania y Suiza los que estaban próximos á entrar. El Directorio acababa de adquirir con la ley del 19 todo el poder revolucionario, y nadie se atrevía ya á hacerle frente. Empezó por reformar las administraciones, como sucede siempre á cada cambio de sistema, colocando á los patriotas decididos en la mayor parte de los destinos. Tenía que nombrar personas para todos los cargos electivos en cuarenta y ocho departamentos, y podía extender así mucho su influjo y multiplicar sus partidarios. Su primer cuidado debía ser reemplazar á los directores Carnot y Barthelemy; pues Rewbell y Larevelliere, cuya influencia había aumentado notablemente el último acontecimiento, no querían que se les pudiese acusar de haber lanzado á dos de sus colegas para quedar dueños del gobierno.

Exigieron, pues, que se pidiese inmediatamente al cuerpo legislativo el nombramiento de dos nuevos directores, lo cual no se avenía con la opinión de Barras, y mucho menos de Augereau. Este general se hallaba prendado de la hazaña de 18 fructidor, y muy ufano por haberla conducido, con tanto acierto. Como se había mezclado en los sucesos, cobró afición á la política y al poder, y concibió la ambición de introducirse en el Directorio. Pretendía que los tres directores, sin pedir al cuerpo legislativo el nombramiento de otros colegas, le llamasen para sentarse á su lado; mas como no se le realizó este deseo, apeló al recurso que le quedaba para hacerse director, que era el de obtener la mayoría en los Consejos; pero también se le frustró esta esperanza. Merlin de Douai, ministro de Justicia, y Francisco de Neufchateau, del Interior, obtuvieron mayor número de votos que sus competidores, y después de ellos Masseña y Augereau, el primero algunos más que el segundo.

Tomaron posesión los dos nuevos directores con la ostentación acostumbrada: eran republicanos, más bien á la manera de Rewbell y Larevelliere que de Barras, y tenían además otros hábitos y costumbres. Merlin era jurisconsulto y Francisco de Neufchateau literato, ambos vivían de un modo análogo á su profesión, y convenían en un todo con Rewbell y Larevelliere. Tal vez hubiera sido de desear, atendiendo el influjo y consideración del Directorio en los ejércitos, que se hubiese nombrado á uno de nuestros célebres generales.

Reemplazó el Directorio á los dos ministros nombrados directores con dos excelentes administradores sacados de las provincias: esperaba así formar el gobierno con hombres más extraños á las intrigas de París y menos accesibles al favor. Para Justicia eligió á Lambrechts, que era comisario de la administración central del departamento de Dyle, es decir, prefecto y magistrado íntegro. Colocó en el Interior á Letourneur, comisario de la administración central del Loira inferior, administrador muy capaz, laborioso é íntegro, pero demasiado extraño á la capital y á sus usos para no hacerse ridículo alguna vez al frente de una gran administración.

Tenía motivo el Directorio para estar satisfecho de los acontecimientos, y sólo le inquietaba el silencio del general Bonaparte, que hacía mucho tiempo no había escrito nada ni remitido los prometidos fondos. El edecán Lavalette no pareció por el Luxemburgo durante el acontecimiento, y se sospechó que había indispuerto á su general contra el Directorio, comunicándole datos falsos sobre el estado de las cosas. En efecto, Mr. de Lavalette no cesó de aconsejar á Bonaparte que se mantuviese neutral, limitándose al apoyo que ya había dado al Directorio con sus proclamas. Barras y Augereau enviaron á llamar á Mr. de Lavalette, y le amenazaron diciéndole que sin duda había engañado á Bonaparte, y añadiéndole que le hubieran arrestado á no ser por las consideraciones que á su general debían. Mr. de Lavalette salió inmediatamente para Italia, y Augereau se apresuró á escribir al general Bonaparte y á sus amigos del ejército, pintándoles el suceso con los más favorables colores.

Descontento el Directorio con Moreau, había resuelto deponerle, cuando recibió una carta suya que produjo la mayor sensación. Moreau se había apoderado en su paso del Rin de los papeles del general Klinglin, y hallado entre ellos toda la correspondencia de Pichegrú con el príncipe de Condé. Guardó secreto acerca de ella, pero así que llegó á sus oídos el 18 fructidor, se decidió á participarlo al gobierno; resolución que supuso tener ya antes de saber las ocurrencias del 18, á fin de suministrar al Directorio la prueba que necesitaba para confundir á tan terribles enemigos; pero se asegura que Moreau recibió por el telégrafo las noticias de los acontecimientos en el mismo día 18, y que entonces se apresuró á comunicar una relación que no comprometía ya más que á Pichegrú y que le libertaba de una gran responsabilidad. Sea lo que fuere, es evidente que Moreau

había guardado por largo tiempo un importante secreto, y sólo se había decidido á revelarle en el momento de la catástrofe. Todo el mundo dijo que no siendo bastante republicano para denunciar á su amigo, no le guardó, sin embargo, bastante fidelidad para no descubrir el secreto. Su carácter político pareció entonces lo que era; es decir, débil, vacilante é incierto. El Directorio le llamó á París para pedirle cuenta de su conducta; y al examinar la correspondencia halló la confirmación de todo lo que había sabido respecto á Pichegrú y debió sentir no haber tenido antes estas noticias. Entre los papeles encontró también la prueba de la fidelidad de Moreau á la república; pero le castigó por su silencio é indiferencia, dejándole de cuartel en París.

Hoche, que siempre al frente de su ejército del Sambre y Mosa acababa de pasar todo un mes en la más cruel agonía, se hallaba en su cuartel general de Wetzlar, con un carruaje dispuesto para huir á Alemania con su joven esposa, si prevalecía el partido de los Quinientos. Sólo esta circunstancia fué la que por primera vez le hizo pensar en sus intereses y reunir una suma de dinero proporcionada á sus necesidades durante su ausencia, pues ya hemos visto que había prestado al Directorio la mayor parte del dote de su esposa. La noticia del 18 fructidor le llenó de regocijo y le libertó de todo temor personal; y el Directorio, en premio de su lealtad, reunió los dos grandes ejércitos del Sambre y Mosa y del Rhin en uno solo, bajo el nombre de ejército de Alemania, y le puso bajo su mando, que era el más extenso de la república. Por desgracia, la salud del joven general no le permitió gozar del triunfo de los patriotas y de las muestras de confianza que le daba el gobierno. Hacía algún tiempo que inquietaban á sus amigos y médicos la tos seca y continuada y las convulsiones nerviosas que en él advertían. Un mal desconocido iba consumiéndolo á aquel joven que en otro tiempo gozaba de la mejor salud, y que á su mucho talento reunía las gracias de la hermosura y la constitución más vigorosa.

A pesar del estado en que se hallaba, se ocupaba en organizar los dos ejércitos, cuyo mando acababa de recibir, y pensaba siempre en su expedición de Irlanda, de que quería valerse el Directorio como un medio de terror para Inglaterra; pero su tos adquirió más violencia á fines de fructidor, y empezó á sufrir insoportables dolores. Llamó á su médico, y le dijo: *Dadme un remedio para esta fatiga con tal que no sea el descanso*. Vencido por la enfermedad, guardó cama el primer día complementario del año v (17 de septiembre), y expiró al día siguiente, víctima de los más agudos dolores.

El ejército quedó consternado porque adoraba á su joven general, y esta noticia cundió con la mayor rapidez, dejando llenos de pesar á todos los republicanos que fundaban las más halagüeñas esperanzas en los talentos y patriotismo de Hoche. Se esparció por el campo el rumor de envenenamiento, pues no podía creerse que tanta juventud, robustez y salud sucumbiesen á un accidente natural. Hízose la autopsia, y examinados por los facultativos el estómago y los intestinos, los hallaron salpicados de manchas negras, y sin declarar que fuese veneno, al menos se inclinaron á creerlo. Se atribuyó su muerte al Directorio, lo cual era un absurdo, porque ninguno de sus individuos era capaz de este crimen des-

conocido en nuestras costumbres, y nadie además tenía interés en cometerle.

En efecto, Hoche era el apoyo más sólido del Directorio, bien contra los realistas, bien contra el ambicioso vencedor de Italia. Se supuso con verosimilitud que fué envenenado en el Oeste, y su médico parece que se acordaba de que la alteración de su salud provenía de su última permanencia en Bretaña, cuando fué á embarcarse para Irlanda. Por lo demás, se creyó sin fundamento que habían envenenado al joven general en una comida que dió á varias personas de todos los partidos con el ánimo de unirlos.

Mandó preparar el Directorio magníficas exequias, que se verificaron en el campo de Marte en presencia de todos los cuerpos del Estado y en medio de un numeroso pueblo. Seguía al cortejo fúnebre un ejército considerable, é iba presidiendo el duelo el anciano padre del general. Esta pompa hizo una profunda impresión en todos los ánimos, y fué una de las más hermosas de nuestros tiempos heroicos.

Así terminó una de las más gloriosas é interesantes figuras de la revolución, sin que á lo menos por esta vez la hubiese dado fin el cadalso.

Hoche tenía veintinueve años. Siendo soldado en las guardias francesas, hizo su educación en muy pocos meses. Al valor físico del soldado reunía un carácter enérgico, una inteligencia superior, un gran conocimiento de los hombres, mucho acierto en los acontecimientos políticos, y finalmente, el omnipotente móvil de las pasiones. Las suyas eran ardientes, y acaso serían la única causa de su muerte. Una circunstancia particular hacía mayor el interés que sus bellas prendas inspiraban: el haberse visto siempre interrumpida su fortuna por accidentes imprevistos. Siendo vencedor en Wissemburgo, y estando ya para entrar en una gloriosa carrera, quedó sumido de repente en los calabozos; de éstos salió para ir á consumirse en la Vendée, donde desempeñó el más glorioso papel político; y cuando iba á ejecutar un sublime proyecto contra la Irlanda, le suspendieron de nuevo una tempestad y malas inteligencias; trasladado al ejército del Sambre y Mosa, logró una completa victoria; pero los preliminares de Leoben atajaron sus pasos; y cuando al frente del ejército de Alemania, y según la disposición de Europa, se le ofrecía un porvenir inmenso, se vió de repente herido en medio de su carrera y arrebatado por una enfermedad de cuarenta y ocho horas.

Por lo demás, si es preferible un glorioso recuerdo á la pérdida de la vida, no podía ganarlo mayor al perder tan pronto la suya. Victorias, inmensa pacificación, universalidad de talento, integridad sin mancha y la idea que todos los republicanos tenían de que él solo hubiera luchado contra el vencedor de Rivoli y de las Pirámides, y de que su ambición, permaneciendo republicana, hubiera sido un obstáculo invencible para el soberbio ambicioso que pretendía el trono; en una palabra, heroicas hazañas, nobles conjeturas y veintinueve años, ¡he aquí la memoria que nos ha dejado! No le compadecemos porque murió tan joven, puesto que acaso ha ganado mucho su gloria, así como la de Kléber y Desaix, en no haber sido mariscales antes de morir, permaneciendo hasta el último suspiro ciudadanos libres, sin verse reducidos como Moreau á buscar un asilo en los ejércitos extranjeros.



El gobierno dió el mando del de Alemania á Augereau, para verse libre de su turbulenta presencia en París, donde ya principiaba á ser perjudicial.

Había hecho el Directorio en pocos días cuantos arreglos exigían las circunstancias, pero aún le quedaba la Hacienda. La ley del 19 fructidor, al librarle de sus más terribles enemigos, al restablecer la ley del 3 brumario, proporcionándole nuevos medios de severidad contra los emigrados y clérigos, armándole de la facultad de suspender los periódicos y cerrar las sociedades políticas cuyo espíritu no le conviniese, permitiéndole llenar todos los puestos vacantes después de anuladas las elecciones y suspendiendo indefinidamente la reorganización de la guardia nacional, le había dado cuanto trator de arrebatarle ambos Consejos, y aun le añadió cierta especie de omnipotencia revolucionaria. Pero el Directorio tenía también que recobrar ventajas no menos importantes respecto á la Hacienda, porque también en ese punto trataron de coartar sus facultades.

Presentóse un gran proyecto para los gastos é ingresos del año vi. El primer cuidado debía ser devolver al Directorio las atribuciones que habían tratado de arrebatarle, relativas á las negociaciones de la Tesorería, al orden de los pagos, y en una palabra, al manejo de los fondos. Quedaron suspendidos todos los artículos adoptados por los Consejos bajo este respecto antes del 18 fructidor, y después era preciso pensar en la creación de nuevos impuestos para desahogar un tanto á la propiedad territorial, que se hallaba demasiado cargada, y nivelar los ingresos con los gastos. Autorizóse el establecimiento de una lotería, y se impuso un derecho de portazgo y otro de hipotecas. Los de registro se regularizaron de modo que se aumentase considerablemente su producto, como subieron también los derechos de tabacos extranjeros. Gracias á estos nuevos recargos, se pudo reducir la contribución territorial á doscientos veintiocho millones, y la personal á cincuenta, ascendiendo, sin embargo, la suma total de las rentas para el año vi á seiscientos diez y seis millones. En esta suma las ventas supuestas de bienes nacionales sólo se evaluaban en veintinueve millones.

Una vez acordado que los ingresos ascendían á seiscientos diez y seis millones por estos diversos medios, era necesario reducir los gastos á la misma suma. Suponíase que la guerra no debía costar aquel año, aun en el caso de una nueva campaña, más de doscientos ochenta y tres millones. Los demás ramos generales se calculaban en doscientos cuarenta y siete, lo cual componía un total de quinientos treinta. Los intereses de la deuda ascendían por sí solos á doscientos cincuenta millones, y si se hubiesen cubierto íntegramente, habrían subido los gastos á una suma muy superior á los medios de que disponía la república. Se propuso no pagar sino la tercera parte, ó sea ochenta y seis millones; y de este modo, la guerra, los ramos generales y la deuda no harían subir el gasto sino á seiscientos diez y seis millones, que era el total de los ingresos. Mas para encerrarse en estos límites, era necesario adoptar una medida decisiva respecto á la deuda: desde que se suprimió el papel moneda, volviendo á emplearse el metálico, no se había podido satisfacer con puntualidad el pago de los intereses, abonándose sólo una cuarta parte en efectivo, y las otras tres en recibos sobre los

bienes nacionales, llamados *recibos de las tres cuartas partes*, que en cierto modo equivalía á satisfacer una cuarta parte en dinero y el resto en asignados. La deuda no se había pagado, pues, hasta entonces sino con los recursos de los bienes nacionales, y era urgente adoptar una medida sobre este punto, en interés del Estado y de los acreedores. Una deuda cuyo rédito anual ascendía á doscientos cincuenta y ocho millones era verdaderamente enorme para aquella época. No se conocían aún los recursos del crédito ni el poder de la amortización: las rentas eran mucho menos considerables que lo han sido después, porque no se habían podido recoger aún los beneficios de la revolución; y Francia, que produjo después mil millones de contribuciones generales, apenas podía dar entonces seiscientos diez y seis. Por esto era la deuda tan gravosa, y el Estado se hallaba en la situación de un particular en quiebra. Resolvióse, pues, continuar pagando parte de la deuda en efectivo, y en vez de abonar el resto en recibos contra los bienes nacionales, reintegrar su capital con estos bienes. Sólo querían conservar una tercera parte, á la que se daría el nombre de *tercio consolidado*, y que obraría en el gran libro bajo el concepto de renta perpetua. Las otras dos terceras partes debían reintegrarse al capital de veinte veces la renta, y en recibos admisibles en pago de bienes nacionales.

Verdad es que estos recibos quedaban con menos de la sexta parte de su valor, y que para los que no querían comprar tierras era una verdadera bancarrota.

A pesar de la calma y docilidad de los Consejos desde el 18 fructidor, esta medida excitó una viva oposición. Los adversarios del reintegro sostenían que era una verdadera bancarrota; que la deuda se había puesto bajo la salvaguardia del honor nacional al principio de la revolución; que reintegrar las dos terceras partes era deshonor á la república; que los acreedores que no comprasen bienes perderían las nueve décimas partes al negociar un recibo, porque la emisión de tan gran cantidad de papel disminuiría su valor considerablemente; que aunque los acreedores del Estado no tuviesen preocupaciones contra el origen de los bienes, eran en su mayor parte demasiado pobres para comprar tierras; que las asociaciones para adquirir en común eran imposibles, siendo de consiguiente real y efectiva para los más la pérdida de las nueve décimas partes del capital; que el supuesto tercio consolidado, libre de reducción para lo sucesivo, era sólo una promesa; que una tercera parte prometida valía menos que tres; y por último, que si por entonces no podía la república cubrir todas las atenciones de la deuda, mejor era para los acreedores aguardar, como lo habían hecho hasta entonces, pero esperar con la probabilidad de ver mejorada su suerte, y no quedar despojados de repente de su crédito. Hasta contábase muchos que hubieran querido que se distinguiese entre las diferentes clases de rentas inscritas en el gran libro, y que no se sometieran al reembolso sino las adquiridas á ínfimo precio. Habíanse vendido en efecto á diez y quince francos, y los que las compraron ganaban aún mucho á pesar de la reducción al tercio.

Los partidarios del proyecto del Directorio respondían á esto, que un Estado tenía, como un particular cualquiera, el derecho de ceder sus bienes á los acree-

dores cuando no podía pagarlos; que la deuda excedía en mucho á los medios de la república, y que, en tal estado, tenía derecho para cederles la prenda de esta deuda, es decir, los bienes; que en comprar las tierras perderían muy poco; que estas tierras aumentarían rápidamente en valor siendo suyas, tanto que llegarían á tener el antiguo y recobrarían así lo que habían perdido; que quedaban mil trescientos millones de bienes (habiendo pasado á los acreedores del Estado los mil millones prometidos á los ejércitos); que la paz se hallaba próxima; que los recibos de reintegro debían recibirse, verificada aquélla, en pago de los bienes nacionales; que por consiguiente, ascendiendo la parte del capital reintegrado á unos tres mil millones, se podrían adquirir mil trescientos millones de bienes, y se perderían cuando más las dos tercias en lugar de las nueve décimas partes; que los acreedores siempre habían experimentado lo mismo, pues siempre se les había pagado en bienes, fuese por medio de asignados, ó con *recibos de las tres cuartas partes*; que la república estaba obligada á darles lo que poseía; que nada lograrían con esperar, porque jamás podría pagar toda la deuda; que su suerte se fijaba con la liquidación; que el pago del tercio consolidado empezaba desde luego porque existían los medios de verificarlo, y la república se veía libre por su parte de un enorme gravamen; que así entraba en un sistema regular, se presentaba ante Europa con una deuda mucho más pequeña, y por lo mismo se haría más imponente y fuerte para obtener la paz; finalmente, que no se podía hacer distinción entre los diferentes créditos según el precio de adquisición, y que era indispensable tratarlos á todos igualmente.

Esta medida era inevitable, y la república obraba en esto, como siempre, satisfaciendo todos los compromisos superiores á sus fuerzas con tierras al precio que éstas tenían. Con asignados había cubierto las antiguas cargas y todos los gastos de la revolución, y con tierras había satisfecho los réditos de la deuda, y con tierras amortizaba el mismo capital. En una palabra, daba lo que poseía. Del mismo modo liquidóse la deuda de los Estados Unidos; los acreedores recibieron como único pago las riberas del Mississipi. Medidas de esta naturaleza producen, como las revoluciones, muchos agravios particulares; mas es preciso saberlos sufrir cuando se hacen inevitables.

La proposición quedó adoptada, y así por medio de los nuevos impuestos, y gracias á la reducción de la deuda, que permitió ceñir á esta suma el desembolso, se halló equilibrada nuestra Hacienda, dándonos esperanzas de algún desahogo para el año vi (desde septiembre de 1797 hasta el mismo mes de 1798).

A todas estas providencias, que eran el resultado de la victoria, quería el partido republicano agregar por último otra. Aseguraba que la república estaría siempre en peligro, mientras se tolerase en su seno á una raza enemiga, la de los ex nobles; quería que se desterrase de Francia á todas las familias que en otro tiempo fueron nobles ó se hicieron pasar como tales; que se les diera el valor de sus bienes en mercancías francesas y se las obligase á trasladarse á otro punto con sus preocupaciones, sus pasiones y su existencia. Apoyaban enérgicamente este proyecto Sieyes, Boulay del Meur-

the, Chazal y todos los republicanos decididos; pero combatíanle Talliën y los amigos de Barras. Este último era noble; el general del ejército de Italia era caballero de nacimiento; muchos de los amigos que compartían los placeres de Barras, llenando sus salones, eran antiguos nobles también; y aunque se hizo una excepción en favor de aquellos que habían servido útilmente á la república, los salones del director estaban muy irritados contra la ley propuesta. Aun sin todas estas razones personales, era fácil demostrar el peligro y el rigor de semejante ley; pero fué presentada á pesar



Bonnier

de ello á los dos Consejos, y excitó una especie de sublevarción que obligó á retirarla para introducir grandes modificaciones. Reprodujose entonces bajo esta forma: los ex nobles no quedaban ya condenados al destierro; pero considerábaseles como á extranjeros, á quienes se obligaba, para recobrar la cualidad de ciudadano, á llenar las formalidades y pasar por las pruebas de la naturalización. Hízose una excepción no obstante en favor de los hombres que habían servido útilmente á la república, en los ejércitos ó en las asambleas. Barras, sus amigos y el vencedor de Italia, cuyo nacimiento se recordaba siempre con afectación, quedaron libres de la consecuencia de esta medida.

El gobierno había recobrado una energía verdaderamente revolucionaria; y quedando fuera la oposición, que en el Directorio y los Consejos afectaba pedir la paz, mostróse el gobierno más enérgico y exigente en las negociaciones de Lila y de Udina. Mandó desde luego que todos los soldados que estaban con licencia volvieran á los ejércitos, lo repuso todo en el pie de guerra y envió nuevas instrucciones á sus agentes. Maret había logrado conciliar en Lila, según hemos visto, las pretensiones de las potencias marítimas; se habían convenido en la paz con tal que España sacrificase la